LIBROS DE PORTUGAL

Las ubérrimas arcas de Aquilino Ribeiro

La publicación que de las obras completas de Aquilino Ribeiro está haciendo la casa Bertrand, de Lisboa, ha dado lugar a la reedición de estas «arcas encoradas», de estos escritos breves y sustanciosos, a los que el gran escritor llamó en su primera edición de 1953 —una parva tirada de cuarenta ejemplares—, estudios, opiniones y fantasías, y ahora, nueve años más tarde, califica de *velharias* en la dedicatoria del ejemplar que nos manda. No es *velharia* palabra unívoca, aunque todas sus acepciones giren en torno de los muchos años. Desde *vejez* hasta *impertinencia propia de los viejos,* pasando por *narración de cosas más que sabidas,* a las que tan aficionados son los ancianos, por *vocablo anticuado* o *palabra obsoleta, velharia* nos muestra sus diferentes rostros o las distintas partes de su bulto semántico como esos retratos picassianos proyectados sobre los lienzos al estilo del desarrollo

del cubo y la pirámide en las páginas de las enciclopedias de la escuela. ¿Por qué *valharias*? ¿Qué ha podido hacer que Aquilino Ribeiro, a sus setenta y seis años y en un momento en el que no escribía para el público, llamase así a lo que empezó definiendo con los términos, tradicionales en el vocabulario de la lengua editorial, de estudios, opiniones y fantasías? ¿No será que Aquilino se nos está volviendo más joven y empieza a encontrar un sabor de pasado en la perennidad clásica de su obra ya escrita? ¿Hacía mucho tiempo que había corregido las pruebas de la reedición de *Arcas encoiradas* (1) cuando nos dedicó este ejemplar? En todo caso, los dieciocho escritos de que consta este singular libro gozan, a nuestro entender, de una actualidad que los años irán, valga la aparente paradoja, actualizando más y más. Creemos que este volumen sirve muy bien para que nos expliquemos al hombre Aquilino, que parece haber querido encontrarse —disimulando ante sí mismo— en los temas, cuidadosamente escogidos, de sus digresiones.

Aquilino Ribeiro, nacido en la Beira Alta, en el lugar de Carregal da Tabosa, «nombre que sabe a la castiza España», según su biógrafo Manuel Mendes (¿por qué en el nombre hay algo de tobosino?), habla mucho en este libro de los campos y ciudades de su región natal, la más emparentada, entre las portuguesas, con nuestra Castilla la Vieja. Habla de sus campos y de sus ciudades, pero después de haberse remontado a los orígenes de la humanidad beirense. Aquilino, en efecto, empieza su obra hablando de los monumentos prehistóricos, a los que el pueblo portugués llama *orcas*. «Orca, en romance lusitano, significa dolmen del mismo modo que arca, en latín, significa sepulcro.» Así plantea nuestro autor el problema, que más adelante desarrollará, del destino que los primitivos habitantes de la Península daban a aquellos monumentos increíbles, hechos a fuerza de brazos y —qué duda puede caber— de astucia e ingenio. Ya está Aquilino Ribeiro tratando de explicarse la actitud vital de sus remotos abuelos. Rechaza, en inspirados y documentados capítulos —no temáis el fárrago erudito: esto no es sino literatura de buena ley—, el que los dólmenes fuesen monumentos funerarios. No: si en ellos se encuentran a veces restos humanos debe de ser (debe ser) porque incidentalmente acogieron a las víctimas de una batalla o, por mejor decir, de una de aquellas peleas, riñas o pendencias que, Dios sabe por qué motivos, conmovían la paz laboriosa de los clanes. Los dólmenes no eran sino habitáculos destinados a ser cobijo de los guardadores del fuego. ¿Cómo se explica, si no, la vasija llena de tizones que con tanta frecuencia suelen descubrir los excavadores? Esto, aparte de que su

(1) AQUILINO RIBEIRO: *Arcas encoiradas*. Livraria Bertrand. Lisboa, 1962.

planta es recordada notablemente por la del templo de las vestales, dedicado, como se sabe, a idéntico menester. ¿Poesía y divagación? ¿O, por el contrario, investigación arqueológica? Ni lo uno ni lo contrario. Tal vez sin darse cuenta, este novelista del esfuerzo cotidiano, un nada homérico y un mucho hesiódico, está definiéndose a sí mismo. Nada de culto a los muertos cuando los vivos tienen tanto que resolver, tantas empresas que rematar, tanta tela que cortar todavía.

¿Hay en esta actitud, confesada a medias, un desprecio de los tiempos idos? De ninguna manera. Vamos a ver en seguida que Aquilino Ribeiro es un admirador de quienes dedican su esfuerzo a la salvación de los testimonios del pasado. Pero no lo haremos sin referirnos antes a una de las ideas más originales de este libro, la que rechaza, por miope, la teoría del bestial hombre de las cavernas. Aquilino, que ha debido de leer a Alençar y demás indianistas brasileños con más tierna ironía que al comedido Señor de la Montaña, añade a la tesis del buen salvaje la que podríamos llamar del buen troglodita. No era un bárbaro irreflexivo, amigo del zapatazo y tentetieso, de la violencia por el placer de ejercerla, el hombre que alzó los dólmenes y los menhires. Era más bien pacífico, bienintencionado, aunque despiadadamente realista, amigo de los demás hombres, que no eran tantos en aquellas remotas edades como para entretenerse en eliminarlos para descanso de venados y alimañas. Nada de *homo hominis lupus*. Para Aquilino, el remoto habitante de la Beira debía de parecerse mucho a los actuales beirenses, a quienes más adelante se refiere. Y lo hace sin apasionamiento, ensalzando las virtudes mientras reconoce las faltas, y atacando los tópicos, los lugares comunes. «Triste, de modo general —dice—, no parece que el portugués lo sea. El beirense, mucho menos.» No es sino un hombre en lucha con una naturaleza hostil, que le obliga en muchas ocasiones a emigrar, a explotar sus posibilidades de trabajador en otras regiones portuguesas e incluso en el lejano Brasil. Es, antes que nada, un hombre práctico, lo que demuestra incluso en el aspecto religioso. Su religión es más litúrgica que mística; es decir, ama un orden social que, por tradición, ha ido cristalizando en las ceremonias religiosas. El beirense, al participar de la liturgia, defiende, más bien que una ideología mística, un orden social. Lo que no quiere decir que la Beira sea, ni mucho menos, una región teocrática. La liturgia no pasa de ser, interpretamos, un medio propicio a la ósmosis social.

También el pensamiento español está presente en este libro. Ora son los hermanos Giner de los Ríos, con sus observaciones acerca de la arquitectura —en Portugal, afirmaron, no hay arquitectura civil digna de este nombre—, ora Unamuno en su destierro francés, a un tiro

de ballesta de la frontera, que habla con Aquilino y se extiende en agudas y apasionadas reflexiones, que el portugués acoge con respeto.

Las ciudades de la Beira merecen también espléndidas páginas de nuestro escritor, y sobre todas ellas, Viseo y Lamego. No se trata de historia local, aunque en ellas aparezcan temas de crónica provinciana; lo que ocurre es que la evocación del colegio de esta última ciudad, en el que Aquilino hizo sus estudios secundarios, y de los amigos de la primera, le llevan a tratar de la urbanización, de los incidentes y anécdotas de las mismas. ¡Qué bien podemos comprender a Aquilino leyendo atentamente estos capítulos, cargados de hechos y pensamiento! Aparece en ellos la figura de Francisco Almeida Moreira, fundador y poblador del Museo Grão-Vasco de Viseo. Aquel Almeida Moreira, que cuando no conseguía los objetos que corrían peligro de perdición y él quería aposentar en las salas de su museo, aprovechaba cualquier descuido de los celosos curas y sacristanes y huía con el candelabro, las sacras o la pintura debajo del gabán. Aquilino, hombre práctico como buen beirense que es, lejos de condenar al humanista descuidero, le justifica en honra de las artes. Y es que merecía la pena cuanto se hiciese por dar emplazamiento definitivo a la mayor cantidad posible de obras artísticas de la Beira Alta. Durante el período manuelino, esta región contó con una de las más admirables escuelas pictóricas de la Península. Entre sus maestros sobresale Vasco Fernandes, el Gran-Vasco, al que fué dedicado el museo, seguido en méritos por el originalísimo Gaspar Vaz. Si concedemos un lugar aparte al sin par Nuno Gonçalves, autor del *Poliptico de San Vicente,* podemos decir que esta escuela pictórica es la más importante de Portugal.

Lo que Aquilino quiere es comprender a su tierra para comprenderse. No vamos a tocar, uno por uno y tan de ligero, los temas de este libro, sus reflexiones sobre el instinto de los animales sedentarios y migradores, acerca del vino y el pan del norte de Portugal, sobre las carreteras y los ríos. Pero hay dos que no quisiéramos olvidar. Uno es el del sepulcro del rey Don Rodrigo. El otro, el de la aversión de los porteños medievales hacia los nobles, dueñas, abades y demás poderosos de la tierra.

¿Yacen los restos del desgraciado rey en la capilla de San Miguel do Fetal, en Viseo, según reza una desconfiada inscripción? «Aquí yace D. Rodrigo, último rey de los Godos, *si vera est fama*», puede leerse sobre una lápida. Aquilino Ribeiro nos da noticia de la circunstancia, sin poner ni quitar rey debajo de aquélla, lo que no le impide ofrecernos varias versiones tradicionales, una de ellas verdaderamente cruel y despiadada, del fin del libidinoso monarca. Es la que cuenta

cómo el obispo de aquella diócesis, a la que Don Rodrigo fué a dar con sus pecadores huesos para que nunca saliesen, al parecer, de ella, le impuso la penitencia de ser devorado por una serpiente. ¡Brava expiación por la que, de ser cierta, hubiese tenido el prelado que pedir perdón a Dios de por vida! Claro es que si la penitencia le fué inspirada, como quiere la tradición, de poco tenía el pastor que arrepentirse. El caso es que se mandó fabricar una cuba y en ella fué preciso meter al penitente en compañía de una culebra. El reptil era pequeño, pero la revelación había dicho que era preciso tener paciencia, que ya crecería. Y medró, efectivamente, volviéndose «gruesa y terrible». El piadoso obispo visitaba todos los días al monarca encerrado en su enotécnica ergástula, hasta que uno de ellos el bicho se comió salva sea la parte del pecador y por el hueco que quedaba libre se le introdujo en el vientre, mientras su alma era introducida en la mansión de los justos... y los justificados.

La leyenda que refiere Aquilino está inspirada en el romance anónimo castellano, que algunos atribuyen a Lorenzo de Sepúlveda, llamado de la *Penitencia de Don Rodrigo*. Si cambiamos al obispo por un ermitaño y a la cuba (Viseo anda cerca de la tierra del buen vino) por una sepultura, tendremos la leyenda referida por Aquilino. En nuestro romance, el ermitaño pide la revelación de la penitencia que conviene al real pecador.

Fuéle luego revelado,
de parte de Dios, un día,
que le meta en una cueva
con una culebra viva.

El ermitaño, que no era, por lo visto, medroso ni sensiblero, después de recibir la revelación,

muy alegre se volvía:
contóselo todo al rey.

Y éste, muy gozoso también, dió principio a su penitencia. A los tres días le visita el ermitaño.

Dice: ¿Cómo os va, buen rey?
¿Vaos bien con la compañía?

Ni bien ni mal. El bicho no siente aún deseos de devorarle. Pero cuando el santo varón vuelve por segunda vez a visitar al prisionero, éste le cuenta:

... La culebra me comía;
cómeme ya por la parte
que todo lo merecía.

O, como dice otro romance tradicional,

por do más pecado había;

lo que para el caso es lo mismo.

¿Yace en Viseo el seductor de Florinda, la Cava? ¡Qué más da! Aquilino Ribeiro puede sentir en la desconfiada tradición, que ni afirma ni niega, la trascendencia de un iberismo de nuestros pecados del que él mismo sería uno de los contemporáneos más significativos.

Al hablar de la vieja y vitalísima ciudad de Oporto, nos cuenta Aquilino, con hipérbole valleinclanesca, del marido de una célebre belleza, hablando del cual se decía «que estaba tan enramado, que dos cucos cantando en las dos astas más elevadas no se oían el uno al otro». Pero Oporto no es solamente la ciudad del chisme retozón o el intenso tráfico mercantil; es, sobre todo, la ciudad democrática. Para comprender el celo con que los porteños han sabido defender desde siempre las prerrogativas de su sangre popular, que no plebeya, hay que leer las emocionantes páginas dedicadas a historiar el tema. Estos, en efecto, arrancaron del rey, ya en el último cuarto del siglo XIV, una decisión en virtud de la cual «la ciudad de Oporto quedaba vedada a caballero, escudero, hidalgo de cualquier orden, hombre poderoso u otros» para vivir intramuros de ella o en lugar no designado previamente; prohibición que los tesoneros burgueses lograron imponer a las «hijas de algo, priores de monasterios y abades benedictinos, extendiéndose esta prohibición a los maestres de la Orden de Santiago, de Cristo, de Avis y del Hospital, otrosí a los frailes y comendadores de las dichas Ordenes». No admitían aquellos independientes porteños abusos ni imposiciones procedentes del poder o la sangre. Los fueros han caído en desuso, pero los vecinos de Oporto continúan guardándolos *in pectore*. ¿Y Aquilino? ¿O es que los beirenses no son de tan buena condición como sus vecinos?

Libro variado, ameno, escrito en un portugués tan rico que en ocasiones excede al de los diccionarios, nos da *Arcas encoiradas* la medida del gran escritor que es Aquilino Ribeiro, traductor del *Quijote* y de las *Novelas ejemplares* y autor de otras que no lo son menos y que para siempre han de quedar incorporadas al acervo de la literatura peninsular.—ANGEL CRESPO.